




Segundo semestre de 2025
e116

Facultad de Filosofía y
Ciencias Humanas
Universidad de La Sabana




El niño que pregunta, el adulto que olvida: el valor de filosofar desde siempre *

Sebastián Jiménez Marín

 <https://orcid.org/0009-0005-1223-1273>

Universidad de Caldas, Colombia

 sebastian.jimenez53070@ucaldas.edu.co

Resumen

Desde la infancia, la filosofía acompaña al ser humano como una sombra constante, aun sin ser plenamente conscientes de su presencia. Desde pequeños, surgen preguntas profundas sobre la vida, la muerte y el mal, que muchas veces no reciben respuestas satisfactorias. Estas inquietudes, aunque incómodas para los adultos, nacen de una curiosidad natural y filosófica que con el tiempo parece apagarse. Con el paso de los años se revela que, en muchos casos, los adultos tampoco conocen las respuestas o temen afectar la sensibilidad infantil. Esto lleva a cuestionar qué significa realmente “ser mayor” y si la edad o la experiencia definen la capacidad de filosofar. Se concluye en este artículo que ni una ni otra la determinan, pues incluso un niño sin conocimientos académicos puede formular cuestionamientos complejos. Finalmente, se advierte sobre el riesgo de olvidar la importancia de la filosofía en un mundo moderno saturado de respuestas inmediatas, y se recupera la idea de Mary Midgley sobre la filosofía como una red oculta y esencial, como la plomería de una ciudad.

Palabras clave: experiencia; plomería filosófica; conocimiento; tiempo; filosofía; infancia; edad; curiosidad; sociedad actual

.....

* Este artículo es resultado de la asignatura *Escritura del texto filosófico*, orientada por la docente Sandra Patricia Núñez Ibarra en el semestre 2025-1.

Cómo citar

Jiménez, S. (2025). El niño que pregunta, el adulto que olvida: el valor de filosofar desde siempre. *Égora*, 1 (1), e116.
<https://e-gora.unisabana.edu.co/index.php/egora/article/view/26627>

Recibido

19 • 05 • 2025

Enviado a pares

21 • 05 • 2025

Aceptado por pares

05 • 06 • 2025

Aceptado por revista

09 • 07 • 2025

Abstract

Philosophy has been a constant shadow on the human mind since childhood, without us being fully aware of its presence. From an early age, deep questions about life, death, and evil arise, often without satisfactory answers. These concerns, though uncomfortable for adults, are born of a natural and philosophical curiosity that seems to fade with time. As the years go by, it discloses that in many cases, adults either do not know the answers or are afraid of offending children's sensibilities. This leads to the question of what "being older" really means and whether age or experience defines the ability to philosophize. This article concludes that neither determine it, since even a child without academic knowledge can formulate complex questions. Finally, it warns of the danger of forgetting the importance of philosophy in a modern world saturated with instant answers and recalls Mary Midgley's idea of philosophy as a hidden and essential network, like the plumbing of a city.

Keywords: experience, philosophical plumbing, knowledge, time, philosophy, childhood, age, curiosity, contemporary society

El tiempo es relativo, no puede ser una constante.

— Christopher Nolan

Desde que nacemos hasta que morimos, la filosofía se mantiene unida a nosotros, como una sombra que, a pesar de que no somos conscientes de su presencia, permanece allí, adherida siempre a nuestro ser. Desde pequeños nuestro intelecto se construye con base en la filosofía. Sin darnos cuenta, la filosofía se convierte en lo único que pasa por nuestra cabeza en aquellas épocas de «inocencia».

Siempre fui la clase de niño que preguntaba por la razón de todas las cosas que pasaban en su vida: «¿Por qué papá y mamá ya no se aman?», «¿Por qué la abuela murió?», «¿Por qué hay personas malas?», «¿Por qué morimos?», «¿Voy a morir?». Las típicas preguntas que, desde mi inocente curiosidad, molestaban a la gente mayor. Por razones que para ese entonces desconocía, la respuesta que siempre obtuve a mis preguntas era algo así: «Cuando crezcas... Cuando seas mayor lo sabrás», «Más adelante te darás cuenta». Para ese entonces no podía exigir una mejor respuesta, al final era solo un niño. A pesar de eso, nunca me sentí satisfecho. Desde mi inocencia siempre tuve la intuición de que algo faltaba.

En este punto de mi vida entiendo un poco la razón de las respuestas que recibía. Normalmente las personas a las que le preguntaba eran mis padres o alguna otra persona adulta que tuviera cerca. Hoy me doy cuenta de la complejidad que tiene responder ese tipo de preguntas a un niño de cinco años sin herir sus sentimientos o traumarlo de por vida. Por otro lado, también creo que simplemente ellos tampoco conocían la solución a mis preguntas. Sea cual sea la razón, creo que me faltó hacer una pregunta más: «¿Cuándo voy a saberlo?», «¿Cuándo voy a ser mayor?». Es curioso, ya que a toda persona a la que le pregunté es, aproximadamente, treinta años mayor.

No obstante, parece que treinta años no son suficientes para tener respuesta a cualquier pregunta que un niño pueda llegar a hacerse, ¿entonces cuántos? Podríamos dejar la edad a un

lado, porque si bien es cierto que una persona de cincuenta años es mayor que una de veinte años, tiene más experiencia y por ende mayor conocimiento de la vida, ¿realmente eso significa ser mayor? ¿Cuándo se es lo suficientemente mayor para conocer las respuestas a las preguntas que un niño de cinco años pueda llegar a formular? ¿Qué implica ser mayor?

¿Realmente la edad es un factor que determina la capacidad o incapacidad de hacer filosofía o bien son nuestros conocimientos y experiencias los que determinan el que alguien pueda filosofar? Lo fascinante de todo esto es que un niño que apenas está aprendiendo los colores o a leer y escribir, tenga la visión y capacidad de hacerse preguntas que hasta para los más sabios resultan ser un dolor de cabeza. Además, normalmente los niños comienzan a plasmar sus ideas, *incluso a tenerlas*, cuando aprenden a escribir. Así pues, escribir puede concebirse como el primer paso para el desarrollo del conocimiento reflexivo, que versa tanto sobre sí mismo, como del mundo que lo rodea.

Si seguimos por esta línea, nos daremos cuenta de que ni la edad ni la experiencia o el conocimiento *a posteriori*¹ son determinantes a la hora de hacer filosofía, porque ¿qué experiencia tendría un niño de cinco años para preguntarse por la razón de que haya personas malas en el mundo, si aún no es capaz de plasmar sus pensamientos de manera escrita u oral?

Ahora bien, lo que sí puede llegar a ser determinante a la hora de filosofar, lo encontramos como la capacidad de asombro: esa curiosidad incansable acompañada de un talento especial para preguntar. Sin embargo, a medida que íbamos creciendo, se fue apagando lo que nos hacía ver el mundo de una forma distinta. Surge entonces otra pregunta: ¿que hace que los infantes no dependan de la experiencia o el conocimiento *a posteriori* para realizar preguntas de orden filosófico, y por qué los adultos sí dependen de estos para hacer lo mismo?

Es cierto que, según la manera en la que nos hayan criado y enseñado las cosas básicas o necesarias para la vida, tales como caminar, hablar, escribir, incluso pensar; hubo algo de censura o prohibición sobre nuestra curiosidad inocente, esa parte con la que nacemos todos los humanos, sin importar el origen. Frases como: «¿Por qué preguntas eso?», «Eso es un tema de adultos» «No hables sobre eso», entre muchas más, cohíben al niño que pregunta y marcan cierto grado de censura y represión a su mente curiosa. Aunque esta práctica pudo haber sido ocasionada por el deseo de protección de los padres hacia los hijos, además del desconocimiento de no saber cómo abordar dichas preguntas, es innegable que esta contribuye a reprimir la curiosidad que tienen los infantes. Es precisamente el deseo por indagar lo que los motiva a plantearse, con toda seguridad, dudas sobre las cuales ni los más grandes pensadores han logrado llegar a una conclusión sólida.

El fin principal de este artículo es demostrar que, desde que nacemos hasta que morimos, la filosofía se mantiene unida a nosotros, como una sombra que, a pesar de que no somos conscientes de su presencia, permanece allí, adherida siempre a nuestro ser. Aunque desde niños la filosofía

.....
1 Kant (1883) en su libro *Crítica de la razón pura* plantea que el término *a posteriori* se refiere a conocimiento que se deriva de la experiencia. Es decir, es un tipo de conocimiento que se obtiene a través de la observación y la experimentación con el mundo.

juega un papel fundamental en nuestro desarrollo del pensamiento crítico y reflexivo, con los años una persona pasa de ser el niño que pregunta, al adulto que olvida.

De algún modo trágico, perdemos la noción y el sentido de aquella filosofía con la que nacemos y vivimos gran parte de nuestra inocencia, la misma que a nuestros padres les generaba dolor de cabeza. Poco a poco, las personas han generado rechazo a la filosofía, independientemente de las razones — como la crianza o los métodos de aprendizaje — continúan desconociendo por completo la relevancia que tuvo, tiene y tendrá el ejercicio filosófico en sus vidas. Con el tiempo, son cada vez más los adultos que olvidan el valor de la filosofía.

Comúnmente se ha concebido a la filosofía como una práctica sin sentido y llena de teoría *aburrida* que solamente la gente *sabia* tiene el derecho o la posibilidad de ejercer. Hoy en día, hay quienes ven en el ejercicio de la filosofía como el aprendizaje de autores que vivieron hace cientos de años y la memorización de conceptos que para algunas perspectivas resultan completamente absurdos, puesto que no representan ninguna utilidad o beneficio. Aun así, no se puede negar la importancia que tiene el hecho de retomar ideas pasadas, ya que sigue siendo una parte esencial para el ejercicio de la filosofía.

Sin embargo, lejos de ser meramente una práctica rigurosa, teórica y llena de autores antiguos, la filosofía también puede verse como una actitud para la vida, como una herramienta que nos impulsa a indagar sobre nuestro entorno. De la mano de la capacidad de asombro y la habilidad de preguntar, la filosofía se convierte en una forma de ver y estar en el mundo, donde cada experiencia de la vida diaria se convierte en un espacio para detenerse, pensar y aprender. En ese sentido, la filosofía no debería ser vista como un lujo, algo inalcanzable y complicado, sino más bien como aquello que nos permite ver la vida, y todo lo que conlleva estar vivo, desde otro punto de vista. De algún modo, podría decirse que, lejos de ser algo a lo que solo pocos tienen acceso, la filosofía es una necesidad humana. Según Karl Jaspers (1958), “Así como todo filosofar comienza con el asombro, y el saber del mundo con la duda [...]” (p. 243).

Actualmente, la filosofía se encuentra en un punto crítico y son cada vez más los adultos que olvidan el valor de esta. Así, muchas personas no saben que necesitamos la filosofía más que nunca. Justamente, porque nos encontramos en una sociedad apresurada, hemos perdido actitudes como la curiosidad, la sed de aventura y el preguntarnos por la razón de todas las cosas. En un mundo en el que las respuestas a cualquier pregunta están al alcance de una pantalla, las personas han dejado la costumbre de preguntarse a sí mismos.

En ese sentido, además de concluir que la filosofía es algo inherente a nuestro ser, este artículo también pretende esclarecer la interrogante con respecto al por qué los niños no dependen de la experiencia, como los adultos, para hacer filosofía. Además, se busca defender la relevancia de la filosofía en el mundo actual usando el concepto de «plomiería filosófica» de Mary Midgley, según el cual la filosofía es como una red subterránea de tuberías de una ciudad, donde no todas las personas son conscientes de su importancia, ni de su función.

En materia de filosofía, son muchos —en especial los británicos— los que no sólo ponen en duda esta necesidad, sino que a menudo se muestran escépticos sobre la propia existencia de

un sistema subterráneo. Este se oculta a mucha mayor profundidad. Cuando los conceptos con los que vivimos funcionan mal, no suelen gotear ruidosamente desde el techo ni inundar el suelo de la cocina. Solo distorsionan y obstruyen silenciosamente nuestro pensamiento. (Midgley, 1996, p. 14)

A pesar de los grandes avances en materia de conocimiento a los que hemos llegado como sociedad, aún persiste la idea de que el conocimiento deriva necesariamente de la experiencia. Es por eso que se suele creer que las personas mayores tienen más conocimiento que las que apenas «están comenzando a vivir», como se suele decir; que entre más experiencia acumulada exista, mayor será la apertura al mundo en materia de conocimiento.

Esta creencia resulta curiosa, puesto que, desde tiempos muy antiguos, grandes filósofos como *Sócrates*, nos hablan del recuerdo de las ideas.

Llama cerca de sí al esclavo de Menon, más ignorante seguramente que su amo; un joven cuya inteligencia, entregada a sí misma, apenas se despierta; y le hace descubrir sin esfuerzo algunas verdades, limitándose a suplir con preguntas su falta de reflexión. Después de haber trazado sobre la arena una figura de geometría, obliga al joven esclavo, como ya había hecho con Menon, a convenir en que creía saber una cosa que no sabía. Después le hace resolver por sí mismo muchos puntos de geometría, ciencia que el joven nunca había aprendido, según confesión de su amo. No ha hecho más que acordarse, es decir, en el sentido profundo de la palabra, y unir ideas nuevas á ideas primeras, que, por falta de reflexión, dormían en cierta manera en el fondo de su alma. (Azcárate, 1871, p. 280)

Sócrates nos muestra cómo un esclavo sin educación es capaz de resolver un problema de geometría sin dificultad alguna... Al ser guiado mediante las preguntas adecuadas, es capaz de llegar a verdades matemáticas profundas sin haber sido educado previamente al respecto. Esto demuestra que el conocimiento no está determinado por la experiencia acumulada a través de los años, sino que se trata de una intuición o recuerdo interior que nos acompaña desde siempre.

Esto responde muy bien a la pregunta sobre por qué los niños no están determinados por una experiencia previa para realizar preguntas de orden filosófico, pero también responde a la cuestión de por qué los adultos dependen netamente de esta para desarrollar la misma actividad. A lo largo del camino hemos visto como la forma de enseñanza y la crianza de los niños afecta directamente al desarrollo de sus vidas, vemos que la censura y represión a su curiosidad genera adultos que olvidan, rechazan y desconocen el ejercicio de la reflexión. Esto resulta bastante similar al caso del esclavo de Menon, quien por falta de reflexión desconocía aquellas verdades que reposaban en el fondo de su alma.

Ahora bien, vayamos un poco más adelante. *Matthew Lipman* (2003), filósofo contemporáneo, sostiene que los niños cuentan con una forma legítima de filosofar, dice que los niños son por naturaleza filósofos de nacimiento dado que tienen una habilidad innata de aprender lógica y otras destrezas filosóficas:

Rara vez he visto a niños insatisfechos con el producto que obtuvieron de una discusión filosófica, incluso si es solo alguna modesta distinción filosófica, porque reconocen cómo antes de esa adquisición tenían aún menos. Los niños, a diferencia de los adultos, no buscan

insistentemente respuestas o conclusiones. Más bien, buscan el tipo de transformación que proporciona la filosofía: no dar una nueva respuesta a una vieja pregunta, sino transformar todas las preguntas. (p. 18)

La capacidad de asombro, la apertura a un mundo completamente nuevo y distinto, la valentía y curiosidad para preguntar «lo impensado», son cualidades que vienen con el niño naturalmente. Son estas las cosas que los adultos, las personas mayores, tienden a perder u olvidar por miedo, rutina o cansancio.

Estas cualidades innatas del niño son las que permiten concebir su capacidad filosófica. Como muestra de ello, un niño, años o meses antes de leer y escribir, ya está preguntándole a sus padres sobre la tanatología, comúnmente conocida como la disciplina que se pregunta por la muerte, «¿Voy a morir?» Sea de la forma que sea, y sin importar los intentos de los padres por evadir la respuesta o suavizarla un poco, el niño seguirá y seguirá preguntando; no porque no esté satisfecho, sino porque los niños no preguntan en busca de una respuesta definitiva. Según Lipman, ese no es su objetivo, sino que su motivación radica en la transformación o el desarrollo que el cuestionar suscita. Esto corresponde a la teoría de la reminiscencia de *Platón*, como bien decíamos anteriormente, puesto que no es necesaria la experiencia acumulada para determinar si se tiene o no la capacidad de hacer o pensar algo, simplemente porque la respuesta ya se encuentra con nosotros de manera innata, impregnada en nuestra alma.

El niño que pregunta no sabe que sabe, pero aun así lo sabe; práctica y utiliza ese conocimiento de manera inconsciente. Aquí es donde podría radicar la principal diferencia y la razón esencial por la cual el adulto sí «depende» de la experiencia que adquiere con los años para determinar su propio conocimiento. En primera instancia, el adulto ya perdió la noción del asombro, esa capacidad fantástica que tienen los niños al enfrentarse al mundo real, ya sea por miedo o porque otro adulto reprimió en él esa capacidad desde niño. En segundo lugar, a diferencia de los niños, los adultos no se encuentran satisfechos con una respuesta a medias.

En una sociedad como la actual, se necesitan acciones contundentes y respuestas útiles. Es por esto que la evasión o la producción de una respuesta que conlleve a otra pregunta les resulta inservible. En otras palabras, a los adultos les interesa más lo que puedan hacer con la respuesta (en orden a un fin práctico o utilitarista), que lo que puedan reflexionar al respecto. Bien se decía anteriormente que la motivación de los niños no es la búsqueda de una respuesta definitiva, sino la posibilidad de llegar a otras preguntas; en los adultos, en cambio, ocurre todo lo contrario.

En este momento el tema con los adultos se vuelve un poco complejo en relación con los niños. Esto se debe meramente a la concepción de sociedad que nos envuelve en este momento. Desde que nacemos, la sociedad nos enseña que el propósito de la vida es acumular conocimientos para volvernos parte del sistema productivo. Desde muy jóvenes, los niños ingresan a instituciones con un currículo preestablecido e inamovible y de alguna u otra forma, la capacidad innata de filosofar, esa capacidad de asombro y la valentía de preguntar lo impensado, se pierde.

Las escuelas de hoy en día carecen de material reflexivo, en el sentido que, desde pequeños, a los niños se les instruye en materia de memorizar prácticas y conceptos para que, en un futuro

cercano, puedan realizar determinadas tareas al pie de la letra. Gran parte de las instituciones educativas no les enseñan a sus estudiantes a pensar por sí mismos, sino a seguir reglas y patrones preestablecidos. En asignaturas como Filosofía, se evidencia la práctica de memorizar teorías, nombres y fechas de autores como una metodología bastante marcada y utilizada en cada clase. Es por eso que la transformación de la manera en la que se enseña filosofía es fundamental para evitar estos métodos y prácticas educativas, y dejar de perpetuar la censura y represión de la curiosidad de los niños.

La clase de filosofía se debe transformar en un espacio acogedor y multiplicador de ciertas actitudes a las que apunta la educación filosófica, a saber; la de escuchar a los otros, la tolerancia, el gusto por la pregunta, por la crítica, por el debate. En la clase de filosofía, tanto los estudiantes como el profesor deben estar dispuestos a rehacer, a repensar, constantemente sus certezas, sus verdades. (Cárdenas, 2007, p. 2)

Se enseña al niño que año tras año su experiencia va a ser mayor y por ende, su conocimiento aumentará. Como resultado, se obtienen adultos productivos en la sociedad, pero negados completamente a la filosofía o al simple hecho de reflexionar frente a sus propias vidas.

Con esto no se pretende decir que los adultos de la sociedad actual sean malos o cosas parecidas, solamente se busca denotar que por cada año que pasa, nos alejamos más y más de nuestra reminiscencia. Muchos adultos, pese a su experiencia, han perdido cada vez más la capacidad de preguntarse por el sentido de lo que están haciendo. Día a día sin cambios, se encuentran atrapados en una rutina que no les permite siquiera llegar a casa y pensar sobre su día. En un mundo así, cualquier noción filosófica se ve opacada por un falso concepto de inutilidad. La sociedad actual, desde la censura en la crianza, los métodos de enseñanza y dogmas tradicionalmente aceptados, mantiene una constante transformación del niño que pregunta al adulto que olvida. Hoy, la cantidad de personas que se atreven a luchar contra lo preestablecido en un mundo guiado meramente por la experiencia es cada vez menor.

La experiencia puede enseñar, y puede determinar muchas cosas, como por ejemplo a la hora de realizar alguna actividad que requiera práctica, o a la hora de ser más eficaces. Sin embargo, desde un mal manejo, se lleva la experiencia a un extremo bastante nocivo. En consecuencia, la misma experiencia no solo apaga, sino que limita a las personas, encerrándolas en certezas o verdades que ya nadie cuestiona. De algún modo, la mente de las personas se vuelve perezosa a la hora de reflexionar, no porque ya tenga las respuestas (aunque crea que sí), sino por el hecho de que tiene miedo de la duda, de lo que el cuestionar conlleva. Es como si refugiarse en la experiencia, al decir que es previa a la sabiduría, fuera una cámara de seguridad ante el ejercicio filosófico.

Si la sociedad continua con estas ideas, se corre el riesgo de comenzar a vivir (si es que ya no es así), en una realidad sin profundidad, en piloto automático. Una adultez alejada de la curiosidad con la que venimos desde niños nos aleja de la filosofía de tal modo que llegamos a negarla, rechazar su importancia o, incluso, ni siquiera saber para qué sirve.

Mary Midgley (1996), nos habla un poco sobre esta última noción. Desde su metáfora de la plomería filosófica, la autora nos plantea que la filosofía es como el acueducto de las ciudades, en

el sentido de que está debajo de todo, nadie lo ve, nadie es consciente de que existe, mucho menos de su importancia; no obstante, si esta falla, muchas cosas colapsarían. Lo mismo pasa con la filosofía, dado que en repetidas ocasiones se rechaza la labor del filósofo, al partir de la premisa: *vas a morir de hambre*, cuando alguien menciona que se dedica a esta práctica. Gran parte de la sociedad rechaza y ataca cosas que desconoce o no comprende muy bien. Así como muchas personas rechazan el arte por «no tener sentido ni utilidad inmediata», también van dejando de lado los avances de la lógica, la gramática, la oratoria e incluso la filosofía, ignorando que son fundamentales para afirmar o rechazar cualquier enunciado en primer lugar.

Estamos en una sociedad donde existen dos tipos de personas: el primer tipo rechaza completamente el ejercicio filosófico, argumentando que no es útil, que es una pérdida de tiempo, y que cada persona que se dedique a eso está loca. El segundo tipo es un poco menos agresivo, pues reconoce de cierto modo a la filosofía como una práctica real, pero lejana a su contexto. De este modo, se argumenta que la práctica filosófica solo les pertenece a los sabios (entiéndase por sabios a los sacerdotes, o gente acomodada que no depende de la filosofía para vivir) y es un lujo, tanto en materia económica como conceptual.

Brasil resulta ser un claro ejemplo de esta visión, dado que, en 2019, el gobierno de Jair Bolsonaro recortó aproximadamente 30% del presupuesto de universidades públicas, incluyendo a los programas de filosofía y sociología bajo el argumento de que estas disciplinas no muestran un retorno económico inmediato. En este caso evidenciamos que la filosofía fue vista como un lujo y como una *actividad* que no representa ninguna utilidad, mucho menos una retribución económica.

El pasado 25 de abril el presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, comunicó que su gobierno pretende “descentralizar inversiones en filosofía y sociología” en las universidades públicas en aras de enviar esos recursos a áreas que generen “retornos inmediatos a los contribuyentes, como veterinaria, ingeniería y medicina”. El ministro de Educación reafirmó esto, diciendo que las carreras humanísticas son un lujo que el estado no debe financiar. (Sociedad Mexicana de Sociología, 2019)

Lo curioso es que, sin importar el argumento, en contra o a favor, cada persona está usando conceptos o prácticas filosóficas para defenderlo, reafirmando de este modo lo que Midgley nos menciona en su texto que, aunque invisible, la filosofía es indispensable. Es por eso que el presente escrito parte de la siguiente premisa: *la filosofía se mantiene unida a nosotros como una sombra, que, a pesar de no ser conscientes de su presencia, permanece allí adherida a nuestro ser por siempre*. De una u otra forma, es el pensamiento filosófico el que sostiene nuestra manera de entender el mundo, nuestras decisiones morales, nuestros ideales propios y los de la sociedad. La filosofía nos permite comprender de una manera más profunda y extensa conceptos de gran relevancia como el amor, la muerte y la justicia.

Hoy en día nos encontramos en una sociedad donde todo se mide por su utilidad inmediata. Como bien se decía anteriormente, la filosofía y sus ramas son consideradas como una pérdida de tiempo, un lujo para los más eruditos. Gracias a la metáfora de Mary Midgley, tenemos un

punto muy fuerte de donde partir para incurrir en la defensa de la relevancia e importancia de la filosofía, ya que nos recuerda y nos invita a darnos cuenta de que el pensamiento profundo, a pesar de invisible, es indispensable. Dice Midgley (1996)

¿Se parece la filosofía al oficio de reparar tuberías? Los he comparado en varias ocasiones con la pretensión de subrayar la idea de que filosofar no solo es algo sublime, elegante y difícil, sino también necesario. No es una actividad opcional. (p. 13)

El hecho de comparar a la filosofía con la plomería nos permite entender de una manera más sencilla todo lo que el ejercicio filosófico representa para todos nosotros como sociedad, incluso permite entender por qué las personas están rechazando el quehacer filosófico. Así como las tuberías que recorren la ciudad de manera subterránea llevan el agua que usamos todos los días, de la misma manera ocurre con los conceptos filosóficos que utilizamos a diario. Por ejemplo, cuando hablamos de que algo no es justo, o cuando la gente debate si es correcto o no realizar determinada acción. Lo curioso aquí es que no somos conscientes de la existencia ni importancia de las tuberías hasta que presentan problemas. Algo similar sucede con la filosofía, pues la gente da cuenta de su existencia solo hasta que ideas básicas, como la del bien y el mal, comienzan a tener complicaciones.

Así como un plomero es el encargado de revisar, reparar y mejorar las tuberías de una ciudad, el ejercicio filosófico también revisa y repara el entramado conceptual, desde las bases de ideas básicas hasta los conceptos más complejos. Sin importar qué tan profundas estén en nuestro pensamiento o ciudad, las ideas y tuberías cumplen un papel esencial en nuestras vidas; por un lado, permiten entender la realidad, por el otro, nos brindan agua limpia y fresca.

No está de más decir que, sin filosofía, no podríamos llegar al punto de la reflexión crítica, mucho menos comprender lo que implica vivir en medio de las exigencias de la vida cotidiana. En este sentido, es de vital importancia no solo recuperar, sino mantener encendida la llama de la curiosidad y el asombro en los niños. Es en la infancia cuando más se necesita esa capacidad de exploración personal y del mundo; de ahí el énfasis en no cohibir ni censurar cosas que los niños necesitan y son felices haciendo. De esa forma se puede prevenir, incluso reparar, el daño de la «plomería», que muchos adultos que olvidan han dejado oxidar.

Ahora bien, es importante dejar muy claro el hecho de que permitir el afloramiento de esa capacidad del niño no significa únicamente enseñarle a repetir las ideas de *Platón* o de *Heidegger*, sino también apoyarlo y permitirle mantener viva la llama del asombro, de la fascinación por el mundo exterior y motivarlo a seguir siendo *el niño que pregunta* aun cuando tengan cincuenta años. Es ahí donde se marca el inicio de la verdadera sabiduría, no cuando estén viejos con cientos de estudios realizados.

Al fin y al cabo, filosofar no es un acto exclusivo y reservado a quienes han vivido muchos años, o a quienes se han colmado de conocimientos fundamentales para sostener lo contrario. La idea de filosofar es mucho más que eso, es motivación y disposición humana que de forma innata se encuentra en nosotros, pese a los muchos esfuerzos que hay de opacarla. Está presente desde nuestros primeros años de vida, desde nuestra primera palabra; está incluso antes de eso,

cuando nos movía la curiosidad y queríamos tocar todo y llevarlo a nuestra boca. Sin estudios, sin experiencia alguna, solo el deseo de explorar y reconocer el mundo motiva a cada niño a desarrollar y plantear preguntas que muchos adultos experimentados han dejado a un lado, ya sea por miedo, rutina o cansancio.

Sin importar el mundo en el que nos encontremos, sin importar en la sociedad que estemos, sea moderna, veloz, incluso meramente pragmática, es nuestro deber como habitantes del mundo el reconocer, desarrollar y defender la herramienta que nos ha permitido llegar a donde estamos ahora, pese a que por cada día que pasa se intenta dejar atrás: la filosofía. Es nuestra misión entender que allí es donde reside nuestra sensibilidad por el mundo, de algún modo, nuestra humanidad. Debemos recordar que criticar a la filosofía es participar de ella.

Devolver la filosofía a su estatus de ejercicio vital para el mundo es fundamental. ¡Que desde la infancia hasta la adultez, la filosofía se convierta en la forma de resistencia más fuerte y determinante contra las doctrinas de la indiferencia, superficialidad y pragmatismo!

Referencias

- Azcárate, P. (1871). “Introducción Menón o de la virtud” en *Obras completas de Platón, tomo 4*. Medina y Navarro.
- Cárdenas Gutiérrez, J. (2007). *Metodologías de la enseñanza de la filosofía en la educación media chilena: Un problema filosófico* [Trabajo de licenciatura, Universidad de Chile]. Facultad de Filosofía y Humanidades, Departamento de Filosofía.
- Jaspers, K. (1958). *Filosofía* (F. Vela, Trad.). Ediciones de la Universidad de Puerto Rico.
- Kant, I. (1883). *Crítica de la razón pura* (J. del Perojo, Ed. y Trad.). Gaspar, Editores.
- Lipman, M. (2003). *Thinking in Education (2.ª ed.)*. Cambridge University Press.
- Midgley, M. (1996). *Delfines, sexo y utopías: doce ensayos para sacar la filosofía a la calle*. Fondo de cultura económica
- Nolan, C. (Director). (2014). *Interstellar* [Película]. Syncopy; Lynda Obst Productions; Warner Bros. Pictures; Paramount Pictures.
- Sociedad Mexicana de Sociología. (2019, mayo 7). *Pronunciamiento contra los recortes presupuestales en filosofía y sociología*. Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (COMECOSO). <https://www.comecso.com/noticias/recortes-presupuesto-sociologia-filosofia>